

DISCURSO DE LA CANCELLER, DRA. ANGELA MERKEL, CON MOTIVO DE LA ENTREGA DEL PREMIO EUROPEO CARLOS V

MONASTERIO DE YUSTE, CUACOS DE YUSTE (CÁCERES), 14 DE OCTUBRE DE 2021

Majestad, estimado presidente del Gobierno, querido Pedro, estimado presidente de la Junta de Extremadura, excelencias, galardonados, estimados miembros de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste, señoras y señores:

Es un gran honor para mí ser galardonada con el Premio Europeo Carlos V. Les agradezco de corazón que me otorguen este premio. Es algo muy especial para mí, al igual que este lugar. El Real Monasterio de Yuste nos recuerda al regente del que toma su nombre el Premio Europeo. Carlos V residió aquí en los últimos años de su vida. Desde aquí, el rey podía dirigir su mirada hacia el pasado y rememorar una prolongada regencia sobre gran parte de Europa. Quizás, en mi condición de hija de un pastor protestante, puedo afirmar que Carlos V tuvo mucho que ver con la Reforma. Y debo decir también que me conmueve particularmente estar aquí, donde en los últimos años de su vida aquel regente luchó contra su propagación. Tuvieron que pasar siglos de guerras terribles hasta que finalmente, después del crimen contra la humanidad que supuso la Shoah, cometido por Alemania bajo el nacionalsocialismo, y la Segunda Guerra Mundial, se pudo crear una Europa de paz.

Europa: una comunidad pacífica. Este fue un objetivo que se concretó por primera vez con la firma del Tratado de Roma en 1957. A una política restringida al interés nacional propio le siguió una idea de integración y cooperación. Defender juntos los intereses comunes y resolver los conflictos de intereses de manera ordenada: eso era lo que los precursores de la unificación europea perseguían; y con esto escribieron el primer capítulo de una historia de éxito sin precedentes.

Pero, en vista de las diferencias actuales, ¿seguimos considerando todavía que esta historia es exitosa? Dicho de otro modo: la aceptación de Europa parece estar muriendo de éxito, porque la mayoría de los ciudadanos ven cumplida la promesa de paz. Con todo, nunca debemos olvidar que los 64 años transcurridos desde la firma del Tratado de Roma no son más que un abrir y cerrar de ojos a escala histórica. La paz y la libertad se pueden dar por sentadas. La paz y la libertad se deben proteger y defender. Dado que en Europa no hay una garantía de una paz y libertad duraderas, debemos ser siempre conscientes de que la idea de la unificación europea es lo que nos proporciona esa paz y esa libertad y, por tanto, una vida de prosperidad y seguridad.

Al mismo tiempo, no debemos engañarnos, pues hoy todavía nos enfrentamos repetidamente a opiniones contrarias y ataques a nuestra democracia y a nuestro orden liberal por parte de grupos extremistas, terroristas, racistas y antisemitas, así como por cualquier forma de inhumanidad respecto de determinados colectivos. Debemos enfrentarnos a ello con toda determinación.

Por esta razón, considero que el Premio Nobel de la Paz, otorgado a la Unión Europea en 2012, constituye sobre todo un compromiso permanente con la protección de la paz y de nuestro orden liberal, tanto a escala interna como externa, ya sea intercediendo por la paz y por los derechos humanos en nuestro continente o en el resto del mundo.

Para que estas palabras puedan materializarse en hechos, conviene tener en cuenta que Europa solo será fuerte si está unida, y solo estará unida si posee valores comunes. Unida internamente y fuerte de cara al exterior, ese es nuestro principio rector para la cooperación en la Unión Europea. El requisito previo para ello es una estrecha cohesión, la confianza y el respeto.

Las últimas décadas son alentadoras, dado que la Unión Europea se ha mantenido unida cuando era necesario. Estoy convencida de que seguirá estando unida si, más allá de la política, cultivamos unas relaciones tan estrechas y amistosas en los negocios, la ciencia, la cultura y la sociedad como las que mantienen nuestros dos países, España y Alemania. También colaboramos estrechamente en la política europea, habida cuenta de que nos une un objetivo importante: asegurar y fortalecer la cohesión de Europa, algo que me gustaría agradecer especialmente a mi homólogo. Es justamente este vínculo entre nuestros dos países y todos los países de la Unión Europea lo que Europa va a necesitar en el futuro, a pesar de todas las diferencias que existen entre países y regiones. Esta es la base de la capacidad y la voluntad de alcanzar consensos y, por tanto, el resultado de la capacidad de actuación de Europa.

Es fácil decir “hay que alcanzar consensos”, pero en la práctica suele ser un proceso difícil y tedioso. Nuestras reuniones, querido Pedro, a menudo se prolongan más allá de la medianoche. Si eso sucede en el seno de nuestros propios países, podrán imaginarse lo difícil que es hacerlo en una Unión de 27 Estados miembros. Por consiguiente, debemos estar siempre dispuestos a aceptar y sopesar una amplia disparidad de argumentos, siendo plenamente conscientes de que la diversidad de conocimientos y experiencias es una riqueza, un recurso valioso que se debe utilizar en beneficio de todos.

Pensemos, por ejemplo, en la pandemia del coronavirus, en la voluntad de acoger a pacientes de otros países o de ayudarnos unos a otros con equipos de protección, medicamentos y vacunas. Sin embargo, al comienzo de la pandemia, vimos —y también lo digo como una autocrítica— lo rápido que podemos volver a caer en los patrones de pensamiento nacionales. Nos hemos centrado demasiado en luchar contra la pandemia en nuestros propios países. Buscamos seguridad de forma aislada. Las familias quedaron separadas de un día para otro. Los trabajadores transfronterizos de otros países de la Unión dejaron de acudir a sus

puestos de trabajo. Se suspendió la entrega de mercancías... Fue una prueba difícil para nuestra Europa sin fronteras.

Pero hemos aprendido a afrontar este nuevo desafío. Hemos establecido nuevos mecanismos de coordinación y restablecido las libertades europeas en la medida en que lo ha permitido la situación de la pandemia. De esta manera, juntos hemos conseguido muchos logros. En Europa hemos desarrollado vacunas eficaces en tiempo récord. La adquisición conjunta de vacunas también jugó un papel importante en el avance de la vacunación en los Estados miembros de la UE.

Como consecuencia de una mayor protección contra las infecciones, la economía inicia su recuperación. Así lo demuestra el plan de desarrollo europeo Next Generation EU, que es único en su dimensión. Dicho plan sirve para acompañar las medidas económicas destinadas a la recuperación con nuestros objetivos climáticos y asimismo para promover innovaciones digitales.

Señor presidente, Vd. mismo acaba de decirlo refiriéndose a su región: la Europa pos-COVID no puede ser igual a la Europa anterior a la pandemia; tenemos que modernizarnos.

No nos queda más remedio que replantearnos nuestras políticas económicas y ecológicas. Esto es exactamente lo que persigue el Pacto Verde de la Comisión Europea. Se trata de un acuerdo que prevé la neutralidad climática para Europa, que seguirá siendo innovadora y competitiva precisamente por esa razón. Entiendo que lograr que despegue este Pacto Verde seguirá siendo un trabajo muy duro. Cuando eso suceda, yo ya no estaré presente, pero observaré con atención hasta dónde llega la capacidad de alcanzar consensos.

Nuestro objetivo europeo de neutralidad climática para 2050 es un objetivo ambicioso porque requiere un cambio fundamental en la forma en que vivimos, hacemos negocios, trabajamos, consumimos, construimos y nos movemos. Por supuesto, este cambio requiere esfuerzo. Cuando esta mañana viajaba desde el hotel de Madrid hasta el aeropuerto, pude observar que todos los vehículos funcionan todavía con gasolina y pensé: si paso por aquí dentro de 30 años o incluso mucho antes, todos estos automóviles seguramente irán equipados con nuevas tecnologías. Y esto afecta a todas las áreas de negocio.

No obstante, deberíamos ver los beneficios de este proceso de transformación que, en mi opinión, superan con creces los riesgos, no solo porque impulsan nuevas oportunidades de mercado, nuevas tecnologías y nuevas oportunidades de empleo, sino también porque ahorran costes. Con demasiada frecuencia se debaten los costes que genera la protección del clima y muy poco sobre los costes que conlleva su omisión. Por ejemplo, en Alemania tuvimos una riada este verano. En muy poco tiempo hemos gastado 30 000 millones de euros

para combatir los daños causados por las inundaciones con el fin de ayudar a los afectados. Hace dos años, decidimos prescindir del lignito; lo que costará un total de 40 000 millones de euros hasta 2038. En ese momento dijimos: es una suma enorme; ¿de dónde vamos a sacar tanto dinero antes de 2038? Cuando sucedió la catástrofe de las inundaciones, sin embargo, en unos pocos días acordamos que se tenían que destinar 30 000 millones de euros para hacerle frente. Esto demuestra que también son sumamente altos los costes que genera la inacción.

En una palabra: los grandes desafíos solo podemos superarlos todos juntos, las oportunidades únicamente se pueden ver y aprovechar de forma conjunta, como es el caso, por ejemplo, de los importantes proyectos de interés común o las oportunidades que ofrece la digitalización.

La cuestión de la soberanía digital de Europa tiene una importancia económica fundamental, especialmente en el ámbito de la inteligencia artificial, que está cambiando radicalmente nuestras vidas y nuestra forma de trabajar. Tener una mayor soberanía digital no significa limitar la cooperación con nuestros socios, sino todo lo contrario, ya que al expandir las competencias digitales podemos convertirnos en un socio comercial aún más interesante para muchas empresas en el mundo. Y esta premisa también se aplica a otras tecnologías clave, como el hidrógeno o las tecnologías cuánticas.

Está claro que las inversiones son necesarias para implementar innovaciones. Eso no es nada nuevo. A principios de siglo, la Unión Europea se fijó el objetivo de aumentar el gasto anual en investigación y desarrollo de cada Estado miembro hasta alcanzar un tres por ciento del producto interno bruto. Tenemos que admitir que, aunque nos hemos acercado a este objetivo, lamentablemente todavía no lo hemos alcanzado. Esto debe cambiar.

Estar en la vanguardia en innovación internacional es una cosa y abordar responsablemente las nuevas oportunidades tecnológicas es otra. Esto significa que tenemos que pensar detenidamente en cómo queremos aprovechar estas oportunidades y dónde tenemos que fijar límites, por ejemplo, sobre la base de razones éticas, habida cuenta de que tanto en el mundo analógico como en el digital la atención se centra siempre en la dignidad inviolable de las personas.

Una Europa que quiera ser más innovadora y adquirir una mayor soberanía y autodeterminación, tanto en relación a sus valores como a sus competencias tecnológicas, también debe tener mayor capacidad actuación que hasta ahora. En primer lugar, esto significa manejar con cuidado los escasos recursos de tiempo y dinero. Especialmente, en tiempos de crisis de la Unión Europea, debemos poder tomar y aplicar decisiones conjuntas con mayor rapidez que en el pasado. También debemos tener el margen financiero necesario para emprender acciones decisivas y solidarias, por lo que debemos seguir garantizando unas finanzas públicas sólidas,

es decir, generar provisiones en los buenos tiempos para disponer de un margen de maniobra con el que podamos hacer frente a crisis futuras.

Una Europa soberana e innovadora capaz de actuar es lo que necesitamos para afianzar nuestros valores e intereses en el mundo, dado que nuestros valores esenciales son la base de nuestra credibilidad para desarrollar un poder efectivo frente a otros Estados. Nuestros valores son modelo y parte de nuestra luz en el mundo. La Unión Europea defiende la cooperación, el respeto y la tolerancia que conducen a la paz, la libertad y la prosperidad.

En un tiempo en que el multilateralismo se ve sometido a presiones y viejos conflictos amenazan con repetirse, este mensaje es más importante que nunca. También debemos tener en cuenta que la población y el poder económico europeos están perdiendo peso en el mundo y que también está cambiando nuestro papel internacional. La forma en que manejamos el auge de China como potencia económica, política y militar, por ejemplo, y el modo en que asumimos la responsabilidad creciente de nuestra propia seguridad en Europa y de la estabilidad en nuestras regiones vecinas depende fundamentalmente de si Europa realmente habla con una sola voz.

Lo que sucede cuando Europa no habla con una sola voz, o lo hace de manera insuficiente, es algo que vemos sobre todo en la cuestión de la migración. Este fenómeno requiere una respuesta europea conjunta, tanto en interés de las personas que buscan refugio como de la propia Europa. Por esta razón no podemos relajarnos hasta hacer avances realmente importantes. Sé que España está trabajando en ello de la misma manera, pero todavía no hemos cumplido el objetivo marcado. Europa será fuerte si está unida. Tal premisa es aplicable a la cuestión de la migración así como a otros temas: protección climática, política exterior y de seguridad, etc. Todos los esfuerzos deben estar encaminados a una globalización acorde a nuestros valores e intereses.

Pero no nos engañemos, desde hace algún tiempo, en la Unión Europea actúan fuerzas centrífugas, que surgen cuando se debilita la argamasa que une nuestros valores comunes, cuando no se cumple lo que se espera de la Unión Europea y sus instituciones, cuando el desarrollo social se da a diferentes velocidades y cuando aumentan las desigualdades económicas y sociales. Si los intereses nacionales a corto o medio plazo se anteponen a los beneficios del proyecto común europeo y la base jurídica, la situación se volverá inestable.

Solo hay un remedio eficaz contra tales fuerzas centrífugas, y es proporcionar los medios precisos para garantizar un diálogo honesto entre nosotros y reafirmar nuestros valores comunes. Porque son nuestros valores lo que nos une y nos distingue de muchas otras potencias del mundo. Están firmemente arraigados en nuestros tratados europeos el respeto de la dignidad humana, la libertad y la

democracia, la igualdad y el Estado de derecho, el respeto de los derechos humanos y de las minorías. He aprendido que promoverlos es también el objetivo de la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste. Este es el vivo espíritu de la unificación europea.

Majestad, señoras y señores, no podemos tomar decisiones abstractas sobre la naturaleza y el futuro de la Unión Europea, pues esta se desarrolla en términos concretos. Y por dolorosas que sean, muchas crisis siempre actúan, al menos en parte, como un catalizador, puesto que nos impulsan a aumentar nuestra capacidad de acción y, a pesar de todas las dificultades, también son una ocasión para la reestructuración y la mejora. El proceso de unificación europea está en continuo desarrollo. No siempre se producen grandes avances y su evolución no es siempre constante. Actuar desde una postura europea a menudo significa tener mucho aguante y mediar. Esto es y seguirá siendo importante.

Sin embargo, de cara al futuro también debemos ser más previsores, mejorar nuestra coordinación y hacer que Europa sea aún más independiente. No se trata de aislarnos, sino de definir nuestros intereses, de actuar de forma estratégica sobre la base de nuestros valores y nuestros objetivos comunes; en resumen: de disponer de una mayor soberanía europea.

Es por ello que siento gran curiosidad y estoy expectante por los trabajos de los futuros becarios y becarias sobre el tema que es de importancia sobresaliente para todos nosotros: “La fortuna de estar unidos: garantizar y fortalecer la cohesión de Europa”. Este es el tema.

Tengo la profunda convicción de que Europa es una suerte para todos nosotros, una fortuna que podemos, pero también debemos conservar y diseñar. De esta obligación deberíamos ser conscientes todos los días.

Muchas gracias.